

A modo de ejemplo, Arrecife tenía entonces dos fondas, las únicas en toda la isla, pues en las dos excursiones que los alemanes hicieron a Haría y a Yaisa (lo escribo intencionadamente con s, tal cual siempre se ha pronunciado y tal cual es en realidad) debieron pernoctar en casas de personas particulares recomendadas desde Arrecife. Ante la carencia en estas fondas de los elementos mínimos para sus investigaciones, los viajeros tuvieron que alquilar una casa en la calle Principal y con grandes dificultades lograron amueblarla y equiparla con un pequeño laboratorio para sus investigaciones; naturalmente la casa no tenía agua corriente y debían sacarla del aljibe.

Dos cosas positivas hacen sobresalir de sus impresiones lanzaroteñas los científicos alemanes: el espléndido clima (que les permitía bañarse cada día al anochecer en la playa, aun siendo en los meses de invierno) y la extraordinaria amabilidad de los isleños.

El libro ha sido editado por Libros ENCASA, de Málaga, con la colaboración de la Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, en un gran formato (supongo que para poder reproducir las láminas e ilustraciones que se incluyen en el apéndice final) y con la pulcritud de quienes saben hacer buenos libros.

Maximiano TRAPERO

SHEA, Nicole: *The Politics of Prostitution in Berlin Alexanderplatz*. Berna: Peter Lang 2007. 207 pp.

Probablemente no haya ninguna otra novela en la literatura alemana (ni tampoco, quizá, en la europea) tan directamente vinculada a la imagen de la gran urbe moderna –industrializada, frenética y deshumanizada– como *Berlin Alexanderplatz*. El rotundo éxito de esta célebre obra (un éxito de que –tal y como se explica al principio de esta monografía– Döblin llegaría a lamentarse por considerarse reducido a mero apéndice de una sola de sus obras) se debió y se debe en gran medida a la habilidad de su autor para articular no sólo temática, sino también estética y narrativamente, la moderna y alienante peripecia de un individuo cuya certeza como sujeto e integridad como ser humano se verán sacudidas por el mero hecho de habitar o transitar una nueva entidad socioespacial –la gran ciudad hija de la industrialización– a la que el expresionismo atribuiría rango y rasgos de sujeto *molochiano*. Desde su aparición en 1929, el éxito de *Berlin Alexanderplatz* no sólo se ha traducido en la aparición de un sinnúmero de ediciones, traducciones y reediciones de la misma, sino también en la elaboración de un sinfín de estudios sobre la que ha sido y es, sin duda, una de las novelas del siglo XX más veces analizadas por la crítica literaria, la sociología y, por supuesto, la filología, ya sea desde la germanística o desde la literatura comparada.

Plenamente consciente de todo ello, con este relativamente breve pero necesario estudio la profesora del Mount Saint Mary College de Newburgh (Nueva York, EE.UU.) Nicole Shea no pretende sino rellenar lo que –en mi opinión acertada–

mente— considera una laguna en el abultado elenco de investigaciones llevadas a cabo hasta la fecha (entiéndase con ello el año 2007) en torno a la novela más (a)preciada de Döblin: la ausencia de un análisis sistemático del contexto político, es decir, del marco idiosincrático y de las estructuras de poder en el que se inscribe la sexualidad masculina y femenina de los personajes de *Berlin Alexanderplatz* y, más concretamente, la violencia física y sexual que los personajes masculinos de la novela ejercen repetidamente contra unas mujeres convertidas en meras mercancías y forzadas en su totalidad a asumir un rol de prostitutas *de facto*. O dicho de otra manera, y parafraseando lo que se afirma al final del segundo capítulo, lo que la autora se propone en este volumen es analizar “la volátil fábrica social de [la República de] Weimar” (p. 49) aplicando el filtro óptico de la identidad sexual y prestando pues especial atención tanto al cambio de posición económica de las mujeres como a las continuas pugnas socioculturales con la cuestión de la homosexualidad, un análisis que —en opinión de Shea— ha de facilitar la comprensión global del proyecto acometido por Döblin en esta y otras novelas del autor como *Der schwarze Vorhang* o *Berge Meere und Giganten*.

Más allá de una primera tesis que, como ya se ha sugerido en trabajos anteriores, buscaría en la historia de desamor de los padres de Döblin una razón de tipo biográfico a la que atribuir la problemática relación de éste con la sexualidad femenina y, por extensión, la de los personajes masculinos de sus novelas, Shea pretende llamar la atención sobre la importancia del contexto ideológico a la hora de interpretar la sexualidad de estos personajes *döblinianos*. En el primer capítulo de este estudio Shea destaca en efecto la influencia de las (perversas) ideas difundidas por el gran misógino y antisemita austríaco Otto Weininger acerca de la sexualidad humana, según las cuales el hombre —como único portador del genio y del espíritu— debería desprenderse o al menos reprimir su lado femenino —meramente sentimental y carnal— en su supuesta lucha por alcanzar la inmortalidad. Según Shea, el comportamiento sexual de los personajes de las novelas de Döblin confirmaría, por un lado, la vigencia transversal de esta maniquea y patriarcal concepción de la sexualidad y, por otro, reflejaría críticamente las terribles consecuencias de la aplicación práctica de las teorías de Weininger al equiparar la eliminación de lo femenino con la destrucción del propio ser humano.

Si las tesis del autor de *Geschlecht und Charakter* (1903) —uno de los más influyentes portavoces de la idiosincrasia sexual burguesa de principios del siglo XX— son capitales para Shea a la hora de reconstruir el armazón ideológico sobre el que se asentarían las relaciones humanas más íntimas de los personajes de *Berlin Alexanderplatz*, la autora insiste igualmente en vincular el comportamiento sexual de éstos a los profundos cambios políticos, económicos y sociales acontecidos en la capital alemana tras la Primera Guerra Mundial, es decir, en el moderno espacio urbano en el que los personajes de la novela ejercen su sexualidad. Así, Shea dedica un segundo e interesante capítulo a reflexionar sobre la incidencia de la inflación en el aumento de la prostitución entre las jóvenes berlinesas de clase media, carentes de una dote con la que formalizar un matrimonio garante de su supervivencia económica, así como el surgimiento de nuevas formas de ocio (y,

por tanto, de consumo) en cabarés y varietés protagonizadas por una mujer erigida en símbolo de una sexualidad incontrolable (tan temida por Weininger), la irrupción de la mujer como sujeto político activo y emancipado (como la demonizada y vilmente asesinada Rosa Luxemburg) o la publicitación del lesbianismo por parte de algunas activistas. Todos estos fenómenos, concluye Shea, altamente subversivos desde una concepción tradicional y patriarcal de la sexualidad, habrían tenido como respuesta un aumento de la violencia de los hombres contra las mujeres (especialmente contra las prostitutas) y una criminalización biologicista de su sexualidad en un brutal y desesperado intento por preservar la hipócrita ilusión burguesa de la perfección moral.

La respuesta de la sociedad burguesa de Weimar y, en consonancia, de los personajes masculinos de *Berlin Alexanderplatz* ante los intentos de emancipación de una mujer identificada con una naturaleza y una sensualidad consideradas por Weininger como una amenaza para el sistema de poder (masculino) vigente, es para Shea clara: al igual que el burgués protagonista de *Die Ermordung einer Butterblume* (1911), la narración a la que la autora dedica el tercer capítulo de este estudio, tanto Franz Biberkopf como su amigo Reinhold actuarían *nolens volens* como representantes de un sistema capitalista y patriarcal de poder basado en la propiedad y su explotación económica y, como tales, participarían en una mercantilización de la mujer destinada a convertirla en un elemento más sobre el que asentar su poder (llegando a veces incluso a aniquilarla, como en el caso de Ida, de Mieke o –tal y como postula Shea– de Ellen, la flor-mujer víctima de Michael Fischer).

A partir de aquí, los esfuerzos interpretativos de Shea se centran en los capítulos sucesivos en analizar los mecanismos mediante los cuales las mujeres de la novela se verían despojadas de su dignidad como seres humanos para quedar sometidas a ese sistema de poder patriarcal y capitalista del que sólo participarían en calidad de objetos con valor exclusivamente económico. En esta densa parte central de su estudio, Shea recurre constantemente a las descripciones que de estos mecanismos de mercantilización y consiguiente deshumanización de la mujer han hecho ya numerosas y autorizadas pensadoras feministas como son, por ejemplo, la profesora y crítica de cine británica Laura Mulvey, la pensadora australiana Dale Spender o la filósofa francófona Luce Irigaray (ambas famosas por sus contribuciones en los campos de la filosofía del lenguaje y de la lingüística desde una perspectiva feminista) y los aplica sin solución de continuidad a las relaciones sexuales y, en definitiva, (in)humanas que mantienen los personajes de la novela de Döblin.

De este modo, en el capítulo cuarto Shea muestra de manera plausible la reducción de los personajes femeninos de la novela a meros objetos de placer y dominación masculinas a través de la pornografía, cuya presencia en la novela es –según la autora– constatable tanto a nivel temático como narrativo (Shea llama la atención sobre el enfoque pornográfico a menudo presente en el estilo cinematográfico de un narrador que en la novela de Döblin siempre es masculino). A continuación, en el capítulo quinto, la autora pone igualmente de manifiesto cómo las mujeres de la novela se ven sistemáticamente privadas del lenguaje –así como de su nombre

y, con ello, de su identidad— por parte de unos personajes masculinos que, dentro del sistema patriarcal, se definen como tales también en calidad de propietarios exclusivos de un lenguaje adamítico (no sólo en un sentido *benjaminiano*, sino también desde una perspectiva de género) mediante cuyo uso ejercerían no sólo una notable violencia simbólica sobre unas mujeres excluidas de la comunicación, sino también sobre sí mismos, forzándose a adoptar una conducta y una identidad masculinas que, a medida que avance la novela, se revelarán autodestructivas. Ya en el capítulo sexto, Shea recurre al pensamiento de Georg Simmel y, sobre todo, al de Luce Irigaray para intentar demostrar cómo la peculiar relación existente entre Franz y Reinhold, cargada de tensiones homoeróticas, no haría sino reflejar la dinámica propia de un sistema capitalista patriarcal basado en un intercambio de bienes materiales que tendría lugar exclusivamente entre hombres (Shea recurre aquí al término “hom(m)o-sexual”, acuñado originalmente en francés por Irigaray) y en el que las mujeres, como en el caso de las chicas que se intercambian ambos proxenetas, quedarían relegadas a meros valores de cambio.

Al hilo de estas últimas reflexiones que a menudo se antojan algo forzadas, Shea retoma en el séptimo y último capítulo la última de las ideas enunciadas ya al final del segundo capítulo, y según la cual la represión y consiguiente frustración sufrida por los hombres homosexuales en su vida cotidiana y en el frente (al que habrían partido de forma entusiasta para intentar vivir plenamente su homosexualidad y camuflar, a su vez, su supuesta falta de virilidad) habría contribuido decisivamente a “alentar aún más su odio por el emblema del cuerpo femenino” (48), un odio que no habría hecho sino sumarse a la ola general de hostilidad masculina dirigida contra la mujer e instigada por el patriarcado.

Si bien es cierto que Shea no es en absoluto la primera en establecer una suerte de relación causal entre represión y violencia sexual, el lector podría aducir con razón que la formulación de esta tesis en su variante ecuacional *represión homosexual = violencia heterosexual misógina* se antoja en efecto algo simplista, toda vez que ésta además parece apoyarse sin el menor atisbo de distanciamiento crítico en una desafortunada cita de Wilhelm Reich en la que el polémico pensador utiliza el término alemán *Klosett* (es decir: “retrete”, y no “*façade*” o “fachada”, como traduce erróneamente Shea al inglés) para referirse a la imagen que los hombres “latente o manifiestamente homosexuales” tendrían de la mujer, y que justificaría su supuesta beligerancia durante la Primera Guerra Mundial (48, 177). No obstante, en el capítulo final de este volumen, Shea matiza su tesis de la mano de Foucault y de su *Historia de la sexualidad*. Así, la autora postula la homosexualidad de Reinhold, cuya represión respondería en términos *foucaultianos* a los “discursos de la sexualidad” predominantes, como causa de la violencia ejercida por éste tanto contra Franz como contra las mujeres. De este modo, y asumiendo una homosexualidad del personaje de Reinhold postulada ya por la crítica desde principios de los años sesenta (Shea cita aquí a Robert Minder), la autora presenta a este personaje como encarnación y, al mismo tiempo, como víctima del contexto idiosincrático y sexológico predominante en una época, la de Weimar, marcada tanto por una patologización de esta conducta sexual inherente a los discursos

psicoanalíticos de Freud, Sándor Ferenczi o Wilhelm Stekel como por una criminalización de la homosexualidad masculina tipificada en el tristemente célebre parágrafo 175 del código penal alemán. Todas las relaciones humanas de la novela –concluye Shea– se verán igualmente marginadas “en favor de otras relaciones económicamente más provechosas” (166), y ni siquiera las relaciones homosexuales, las únicas que se mantendrían ajenas al juego de compraventa y prostitución inherente a las relaciones heterosexuales dentro del sistema patriarcal capitalista (y que –no se sabe muy bien si según Shea, Weininger o quizá Irigaray– intentarían ni más ni menos que “marginar a todo un sexo como superfluo”, cf. p. 166), ofrecerían a sus personajes una anhelada satisfacción emocional y humana, al verse igualmente amenazadas y estigmatizadas como anormales por la estructura social y los discursos de la sexualidad dominantes.

En definitiva, la contribución de Shea arroja sin duda luz sobre las intersecciones entre sexo, género y sociedad que –como afirma la propia autora en sus conclusiones– tanto interesaban a Döblin. No obstante, la lectura de este estudio, cuyo discurso incorpora tantas y tan dispares voces –todas ellas convenientemente recopiladas en una extensa bibliografía incluida al final de esta digna aunque discreta edición de Peter Lang– exige a menudo un esfuerzo suplementario del lector para discernir cuáles son exactamente las tesis de Shea, cuáles han de enmarcarse exclusivamente dentro del discurso de la sexualidad de la época (del que Döblin, a diferencia de sus personajes, participaría desde una perspectiva crítica) y cuáles emanan de una interpretación feminista preexistente cuya validez, dicho sea de paso, en ningún momento es cuestionada por la autora.

Jorge BLAS

SZONDI, Peter: *Teoría del drama moderno (1880-1950). Tentativa sobre lo trágico*. Edición y estudio introductorio de Germán Garrido. Traducción de Javier Orduña. Madrid: Dykinson 2011. 379 pp.

La presente obra recopila dos estudios teóricos de Peter Szondi: *Teoría del drama moderno (1880-1950)* y *Tentativa sobre lo trágico*. Para Szondi, el concepto ‘drama’ se reduce a una definición “para designar una forma específica y determinada de literatura escrita para teatro [...] El adjetivo *dramático* no expresará ninguna cualidad [...] significa exclusivamente ‘relativo al drama’” (71). Esta definición, extraída de la primera de las obras, encuentra una continuación en la segunda y es la que les da temáticamente a ambas una línea de continuidad. En palabras de Germán Garrido: “Szondi propone en la *Teoría* un método que delata la problemática vinculación entre la filosofía del arte de la escuela hegeliana y la crítica de orientación histórica [y] en la *Tentativa* [...] la relación entre la doctrina estética y la moderna crítica literaria” (58). Para demostrarlo, el drama es el ‘escenario’ escogido.